

An illustration depicting women's roles in fire management. In the background, a woman in a yellow fire-resistant jacket and helmet uses a long-handled tool to manage a fire in a field. To her right, another woman in a green shirt holds a clipboard with a checklist that includes items like 'Peligro alto', 'Peligro medio', and 'Peligro bajo', along with icons for fire, a person, and a tree. The setting is a lush landscape with a winding river, palm trees, and a large orange rock formation. In the foreground, a close-up of a woman's face wearing a black hat is visible on the left, and some reeds are on the right.

Mujeres en el Manejo Comunitario del Fuego

Mujeres en el Manejo Comunitario del Fuego

Elaborado por:



Con el apoyo de:



Mujeres en el Manejo Comunitario del Fuego
Elaborado por la Fundación Amigos de la Naturaleza (FAN)

Autora: Elizabeth L. Abastoflor Barberich

Revisión:

Verónica Ibarregaray Sanabria
Carlos Pinto García
Sheyla Martínez Camacho
Richard Rivas Castro

Fotografías:

Marcial Rivera
Angélica Rivera
René Gonzalez
Grover Céspedes
Emanuel Weber
Valeria Vidalin

Ilustraciones, diseño y diagramación:

Adriana García

Coordinación de publicación:

Karina Sauma

Cita bibliográfica sugerida:

Fundación Amigos de la Naturaleza. 2026. Mujeres en el Manejo Comunitario del Fuego. Editorial FAN. Santa Cruz de la Sierra, Bolivia.

Depósito Legal: 8-1-10118-2026

ISBN: 978-99905-66-90-1

Editorial FAN:

Fundación Amigos de la Naturaleza (FAN)
Km. 7 ½ Doble Vía a La Guardia, Santa Cruz, Bolivia
Tel: (591-3) 355-6800
e-mail: fan@fan-bo.org - www.fan-bo.org
Septiembre, 2026



Contenido

Ana María Tomichá - Crecer cuidando el monte

7

Delegada comunal y guía local de Motacusito, Puerto Suárez
Desde la conservación y el aprendizaje compartido, Ana María fortalece la preparación de su comunidad frente al riesgo de incendios.

Angélica Rivera - Actuar antes del fuego

11

Bombrera y delegada comunal de manejo del fuego en Peniel, Roboré
En Peniel, la prevención es una tarea colectiva, y Angélica es una de las mujeres que la impulsa con organización, información y decisión.

Senia Cabello - Defender lo que da vida

15

Comandante de la cuadrilla comunitaria en Santiago de Chiquitos, Roboré
Desde la primera línea de acción, Senia forma parte de la respuesta organizada que su comunidad ha construido para enfrentar y prevenir los incendios en la Chiquitania.

Fátima Vargas - Mirar hacia adelante

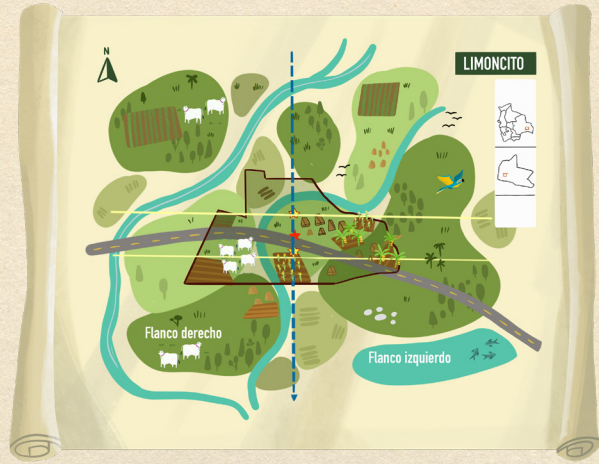
19

Bombrera y delegada comunal de Yacuces, Puerto Suárez
Como parte de la organización comunal, Fátima asume un rol activo en la prevención, coordinación y respuesta frente al fuego en Yacuces.

Zora Taborga - Tejer gobernanza para el territorio

23

Vicepresidenta de la Central de Comunidades Indígenas de Chiquitos Turubó
Desde la articulación territorial, Zora impulsa la gobernanza indígena vinculada al manejo comunitario del fuego en la Chiquitania.



Presentación

Presentamos esta publicación como parte de una línea estratégica de la Fundación Amigos de la Naturaleza (FAN) que busca visibilizar el papel fundamental de las mujeres en el manejo comunitario del fuego en la Chiquitania boliviana.

Esta obra recoge cinco historias de mujeres que, desde sus territorios y con distintas responsabilidades, han asumido un rol activo en la prevención, preparación, respuesta y gobernanza frente a los incendios forestales —un desafío creciente para las comunidades de esta región—. Sus experiencias reflejan no sólo compromiso y esfuerzo personal, sino también la forma en que la acción colectiva y la gestión local pueden convertirse en herramientas de resiliencia territorial en contextos de riesgo creciente.

El manejo comunitario del fuego, entendido como un enfoque integral que combina conocimiento técnico, saberes locales, organización social y articulación institucional, es un proceso que fortalece capacidades locales, promueve la prevención, la preparación y la gobernanza territorial, y permite a las comunidades reducir riesgos e impactos desde una lógica de corresponsabilidad. Las historias aquí reunidas muestran que ese proceso es también una oportunidad para ampliar la participación y liderazgo de las mujeres —no como excepción, sino como agentes de cambio en sus comunidades.

Agradecemos a las comunidades, a las mujeres protagonistas, a sus familias y a las instituciones aliadas que han permitido que estas voces se escuchen. FAN reafirma con esta publicación su compromiso con el fortalecimiento de capacidades locales, la equidad de género, la conservación del patrimonio natural y el desarrollo sostenible.

Estas páginas son un reconocimiento a mujeres que no solo cuidan sus territorios, sino que también tejen alianzas, impulsan procesos comunitarios y construyen futuro.



Crece cuidando el monte

Ana María Tomichá

Delegada comunal y guía local de Motacusito, Puerto Suárez

Desde la conservación y el aprendizaje colectivo, Ana María aporta al manejo comunitario del fuego en su territorio.

Una vida tejida en comunidad

Ana María Tomichá vive en la comunidad de Motacusito, en el municipio de Puerto Suárez, al sureste del departamento de Santa Cruz. Allí, entre la rutina del campo y la organización comunal, lleva adelante una vida comprometida con el territorio, la naturaleza y sus habitantes. Es guía local de ecoturismo, trabaja en el huerto comunitario, recolecta semillas y plantas nativas, y es delegada de gestión de riesgo para la prevención de incendios.

Su jornada empieza muy temprano. Antes del desayuno visita a su padre cada mañana, comparte un café con él y luego se entrega a las labores cotidianas: cuida su huerto, atiende las plantas, riega, siembra, recolecta y prepara plantines en bolsas recicladas. También participa activamente en la gestión del riesgo, realizando mediciones meteorológicas con el Kestrel para evaluar el nivel de peligro de incendio al mediodía y reportar los datos a las autoridades y a su comunidad.

Ana María no solo cuida la tierra; también guía a visitantes por el sendero ecológico y comparte con orgullo los conocimientos locales sobre plantas nativas y especies forestales. Participa en la recuperación de especies útiles como el cupesí, el tajibo y el tamarindo.

“No estoy parada ni un día”, dice con una sonrisa. Su cotidianidad está atravesada por un compromiso profundo con la comunidad y con la tierra que habita.

Una mujer inquieta y firme

Ana María se define como una mujer activa y decidida. “Si alguien no hace, yo hago. Me gusta meterme, aprender. Siempre estoy haciendo algo”, afirma. Desde joven ha estado involucrada en tareas comunales y, aunque no pudo cumplir su sueño de estudiar agronomía en la universidad, eso no la detuvo: se capacita en línea, mira tutoriales, asiste a talleres, toma apuntes y pone en práctica lo aprendido.

Para ella, el aprendizaje es un proceso constante que no depende de títulos, sino de la voluntad de mejorar. “Si yo no sé algo, busco, pregunto, pruebo. No me gusta quedarme con la duda”, cuenta. Le gusta sembrar, cosechar, hacer compost y preparar viveros. Tiene árboles creciendo en su patio, aunque sabe que quizás no los vea grandes. “Yo planto para el futuro”, dice.

El fuego como responsabilidad compartida

El interés de Ana María por la prevención de incendios nació en paralelo a su compromiso ambiental. No fue una tarea que buscó, pero cuando le propusieron asumir como delegada de gestión de riesgo, aceptó. “Ya tenía muchas cosas, pero me animé. Pensé que era importante y que podía ayudar”, recuerda.

Su motivación también estuvo influenciada por personas cercanas al trabajo ambiental, pero reconoce una experiencia clave: los talleres con la Fundación Amigos de la Naturaleza.

“Desde que pasamos los talleres con FAN, yo he ido siguiendo su trabajo y he sentido un serio respeto por lo que hacen. Son personas que saben y trabajan bien. Y más que todo te inculcan ese valor de trabajar el manejo comunitario del fuego”.

Su papel como delegada incluye el monitoreo diario del riesgo de incendio, la participación en simulacros y capacitaciones, y la coordinación con el municipio y otras instituciones. También ha contribuido a la elaboración de mapas comunitarios de riesgo, identificando puntos vulnerables para que la comunidad esté mejor preparada.

Ana María no concibe el manejo del fuego como una tarea individual. Conversa con las familias para evitar quemas innecesarias y promueve el uso del WhatsApp comunitario para compartir alertas y recomendaciones.

“Uno no puede correr sin saber. Hay que mirar, organizarse, protegerse”, afirma. Para ella, prevenir es cuidar vidas y fortalecer la comunidad.

Liderazgo que cuida la memoria

El liderazgo de Ana María no es ruidoso, pero sí constante. Participa en reuniones, convoca, organiza y gestiona sin esperar reconocimiento. “Lo hago porque me nace. Porque si yo no lo hago, ¿quién?”, dice. Con el tiempo, su voz ha comenzado a ser escuchada más allá de su comunidad: instituciones la convocan, recibe capacitaciones y su trabajo es reconocido en el municipio.

No ha enfrentado obstáculos por su género. Por el contrario, destaca que se siente bien recibida y que el trabajo es colaborativo. “Nos llevamos bien, todos trabajamos por igual. Hay respeto”, afirma con seguridad.

Además de la prevención del fuego, cuida la memoria del lugar. Se preocupa por los saberes que se están perdiendo, por las plantas que ya no se siembran y por las palabras que se olvidan. “El monte es escuela. Ahí aprendimos todo. Si se quema, ¿qué nos queda?”.

Semillas de futuro

Ana María tiene sueños sencillos pero potentes: seguir aprendiendo, fortalecer su comunidad y dejar algo para quienes vienen detrás. Sueña con más formación para jóvenes, más herramientas para trabajar y mayor conciencia sobre el valor de la naturaleza.

Desea también compartir lo que sabe y recuperar los conocimientos de las personas mayores. “Me gustaría que se enseñe más a los jóvenes, que no se pierda lo que sabían nuestros abuelos. Que no se quede en el olvido”, afirma.

Sembrar, aunque no se vea

“Muchas veces uno no sabe en qué momento lo van a llamar a enfrentar el fuego, o en qué momento no va a estar. Pero cada acción cuenta. Tal vez lo que hago es poco para mí, pero es mucho para otros. Cuando sé que esa semillita que puse está germinando, me llena de satisfacción. Aunque yo no lo vea, sé que alguien lo va a cosechar. O se va a refugiar en ese árbol. Y eso ya vale la pena.”

Con un compromiso sostenido, Ana María entiende que el manejo comunitario del fuego no se limita a apagar llamas: implica preparar el territorio, compartir saberes y fortalecer vínculos comunitarios. Su legado no se mide en grandes gestos, sino en acciones cotidianas que protegen, enseñan y permanecen.



“ Muchas veces uno no sabe en qué momento lo van a llamar a enfrentar el fuego, o en qué momento no va a estar. Pero cada acción cuenta. Tal vez lo que hago es poco para mí, pero es mucho para otros. Cuando sé que esa semillita que puse está germinando, me llena de satisfacción. Aunque yo no lo vea, sé que alguien lo va a cosechar. O se va a refugiar en ese árbol. Y eso ya vale la pena ”

-Ana María Tomichá





Actuar antes del fuego



Angélica Rivera

Bombrera y delegada comunal de manejo del fuego en Peniel, Roboré

En Peniel, la prevención es esencial para el manejo comunitario del fuego, y Angélica es una de sus principales impulsoras.

Raíces y conciencia

Angélica Rivera tiene 29 años, es madre de un niño de siete años y trabaja en la agricultura junto a su familia en la comunidad de Peniel. La comunidad es pequeña: apenas seis familias viven allí de forma permanente, unidas en sus labores del campo. Siembran yuca, maíz, frijol, camote, maní y cítricos como limón, naranja y toronja.

En ese territorio donde el fuego llega cada año como un visitante temido, entre pastizales y parcelas de cítricos, se fue gestando su transformación: de comunaria a integrante de la cuadrilla comunal y, con el tiempo, a delegada de gestión de riesgos.

Durante casi diez años vivió en Argentina, pero regresó por el vínculo profundo con su tierra. “Me gustó el campo, la naturaleza, la vegetación, el aire puro... y decidí quedarme”. Fue el paisaje, y también el humo de un incendio cercano, lo que la hizo sentir que pertenecía allí, que quería quedarse y cuidar ese lugar.

Se describe como una mujer generosa, fuerte y valiente. “Me gusta ayudar. Si hay que hacer algo, yo hago. No espero que me digan. No me gusta dejar las cosas a medias”, afirma. Ese carácter decidido la llevó a convertirse en la única mujer de su cuadrilla de bomberos comunitarios, sin haber sentido discriminación por ser mujer. “Siempre trabajé a la par de los varones. Nunca me hicieron a un lado; más bien me impulsaron”.

El fuego como aprendizaje

La primera vez que Angélica apoyó en un incendio aún no era parte oficial de la cuadrilla, pero fue igual. Su inspiración fue su padre, uno de los primeros bomberos comunales del lugar formado por la Fundación Amigos de la Naturaleza. Verlo alistarse, organizarse y salir en defensa del monte la motivó. “Yo le dije: quiero ir. Y él me dijo: vamos”, recuerda.

Con el tiempo, su constancia fue reconocida y fue elegida bombrera voluntaria y luego delegada de gestión de riesgos de su comunidad. Ese momento fue especial. “Sentí emoción. Era algo grande que confiaran en mí”.

Como delegada, participa en capacitaciones, organiza acciones preventivas, informa a su comunidad y transmite lo que aprende. Coordina cuando se detectan focos de calor, actualiza el medidor de riesgo comunitario y orienta a quienes desean realizar quemadas controladas. Su rol es clave dentro del manejo comunitario del fuego, porque articula prevención, información y respuesta.

Uno de los desafíos más duros ha sido dejar a su hijo cuando debe salir a combatir incendios. “Él se asusta, se pone a llorar, me pide que no vaya. Pero yo le hablo con calma, le digo que voy a volver. Salgo con el corazón roto, pero salgo con fe”.

En el terreno ha enfrentado incendios intensos, momentos de miedo real y cambios de viento repentinos que los obligaron a correr para salvar

la vida. Pero también ha vivido la satisfacción de prevenir y ver resultados concretos. “Este año hubo menos incendios. Se ve todo limpio, sin humo. El aire está puro. Eso me hace feliz”.

Brechas, quemas y organización comunitaria

Peniel no es cualquier comunidad. “Es un paso de fuego”, explica Angélica. “Cuando se quema en Tapera, el fuego viene derecho para acá”. Por eso, cada año la comunidad entera participa en la creación de brechas cortafuego: franjas de tierra despejada que impiden el avance de las llamas.

Desde abril se organizan con machetes y herramientas en mano para prevenir los incendios que suelen llegar en julio y agosto. “Hacemos reuniones, avisamos, y toda la comunidad participa. Porque si no lo hacemos juntos, el fuego nos quema los cultivos”.

Como delegada, es el nexo entre su comunidad, la cuadrilla, el centro de monitoreo del municipio y entidades como la gobernación y otras instituciones. Cuando se detecta un foco de calor por satélite, recibe llamadas de verificación. Cuando una persona de la comunidad quiere quemar, le piden apoyo.

Su liderazgo se construye desde el respeto. Aunque algunas personas aún no comprenden la importancia de capacitarse en prevención, ella insiste con paciencia: “Es un bien común. Si el fuego entra, nos afecta a todos, no solo a los bomberos”.

Una transformación desde adentro

Antes, Angélica no se imaginaba ocupando el rol que hoy desempeña. Ahora se siente más segura, más valorada y con una voz respetada en su comunidad. El trabajo como bombera comunal la transformó por dentro: le dio conocimientos, pero sobre todo confianza.

El aprendizaje técnico le permitió perder el miedo. Aprendió a leer el viento, a evaluar la temperatura y a usar instrumentos de medición meteorológica, como el Kestrel. Eso la hizo sentirse más preparada

y menos vulnerable frente al fuego. “Antes íbamos a ciegas. Hoy sabemos cómo cuidarnos, cómo evitar que se nos salga de control”.

También ha comenzado a inspirar a otras mujeres. Aunque sigue siendo la única mujer en su cuadrilla, ya hay vecinas que le preguntan cómo pueden involucrarse. “Me gusta eso. Que otras mujeres también se animen”.

Antes del fuego, el cuidado

Su sueño más grande es sacar adelante a su hijo. “Lo más importante para mí es él”, dice. También sueña con tener una casa propia, seguir aprendiendo y que su hijo crezca sabiendo que cuidar la naturaleza es una forma de cuidar a los demás.

“A las siguientes generaciones les dejamos la enseñanza del manejo comunitario del fuego. Yo, como delegada, y también todos los bomberos que participamos, hacemos lo posible para que el fuego no se propague y no inicie un incendio forestal. A mí me gusta que mi hijo aprenda, que sea responsable también. La población ha aprendido. El año pasado esto era oscuro, no se podía ni respirar. Y este año, gracias a Dios, no hubo tantos incendios. Ahora veo todo limpio, todo bonito, sin humo. El aire está limpio. Y eso me pone feliz”.

Angélica sabe que la prevención no es tarea de unos pocos. Es un aprendizaje compartido que se construye con información, práctica y compromiso. Su rol como delegada le ha permitido ser puente entre las capacitaciones y su comunidad, y ve resultados concretos: menos humo, más conciencia. Porque actuar antes del fuego es una decisión colectiva que protege el territorio y la vida.



“

A las siguientes generaciones les dejamos la enseñanza del manejo comunitario del fuego. Yo, como delegada, y también todos los bomberos que participamos, hacemos lo posible para que el fuego no se propague y no inicie un incendio forestal. A mí me gusta que mi hijo aprenda, que sea responsable también. La población ha aprendido. El año pasado esto era oscuro, no se podía ni respirar. Y este año, gracias a Dios, no hubo tantos incendios. Ahora veo todo limpio, todo bonito, sin humo. El aire está limpio. Y eso me pone feliz.

”

-Angélica Rivera



Defender lo que da vida

Senia Cabello

Comandante de la cuadrilla comunitaria de Santiaguito, Roboré

Desde la primera línea de acción, Senia forma parte del manejo comunitario del fuego que impulsa su comunidad en la Chiquitania

Raíces que curan y sostienen

Senia Cabello Torrico vive en la comunidad de Santiago de Chiquitos, en el municipio de Roboré del departamento de Santa Cruz. Es madre, agricultora y portadora de saberes ancestrales. Antes de convertirse en la primera comandante de una cuadrilla de bomberos comunales, ya era una mujer profundamente ligada al monte: al trabajo en el campo, a las plantas que curan, a la crianza y al cuidado colectivo.

Desde pequeña aprendió a reconocer la fuerza y el carácter de la naturaleza. “Conozco plantas medicinales. Me enseñaron mis abuelos. Sé cómo tratar quebranto¹, susto, lechera². Hay cosas que los doctores no creen, pero yo las he visto”, cuenta. En su entorno, las mujeres han sido transmisoras de estos conocimientos, y Senia también ha asumido ese rol. Muchas personas en su comunidad la buscan cuando alguien está mal. Y ella cura con manos, con fe y con raíces.

Vive con su esposo y sus hijos. Desde su rol en el hogar, ha sido siempre activa en su comunidad. Pero en 2019, un incendio forestal marcó un antes y un después en su vida. Vio animales calcinados. Sintió un dolor profundo. Y tomó una decisión: ya no podía quedarse en casa viendo cómo se quemaba el monte. “Duele ver cómo arrasa el fuego, ese fenómeno que viene arrasando vidas, árboles, animales. Entonces, ¿qué nos queda? Enfrentar”.

Una mujer que asume el liderazgo

Senia se define como una mujer “de todo terreno”, con ganas de aprender y compartir lo que sabe. Ha sido formada en medicina natural y también se ha capacitado como bombera comunal. Su incorporación al manejo comunitario del fuego fue paulatina, pero firme. En 2018 recibió su primera capacitación y, tras los incendios de 2019, fue una de las impulsoras de la cuadrilla en su comunidad.

Reunió a mujeres, jóvenes y vecinos, y formó el grupo “Santiaguitos”. Desde entonces no ha parado. La eligieron comandante por su liderazgo y compromiso. “Ser comandante no es mandar. Es llevar una gran responsabilidad. Hay que tener valentía, seguridad y dar ejemplo”.

Aunque al principio dudó, encontró fuerza en el respaldo de su cuadrilla, de su familia y de su hijo, quien es una fuente constante de motivación. “A veces quiero tirar la toalla, y él me dice: mamá, usted puede. Y vuelvo a levantarme”.

El fuego: respeto, decisión y responsabilidad

Senia no le teme al fuego, pero lo respeta. Lo llama “hermano”. Sabe que en el campo puede ser una herramienta, pero también una amenaza si no se maneja con cuidado. “El fuego vive con nosotros, pero si no sabemos manejarlo, ahí será el descontrol”.

¹ Término local que describe un estado de debilidad física o decaimiento general.

² Afección reconocida en el saber tradicional, asociada a desequilibrios digestivos o de lactancia en bebés.

Ha enfrentado incendios en zonas peligrosas, como en San Lorenzo Viejo, donde decidió evacuar a su cuadrilla para no arriesgar sus vidas. “Que se queme lo que se queme, pero vivos estamos”. Ha visto el fuego rodearlos, ha sentido el cansancio y la presión, pero siempre ha priorizado la seguridad de su equipo. Es una líder que se guía por la responsabilidad, no por el ego.

En su comunidad conversa con vecinos que van a chequear, coordina acciones de prevención y organiza a su equipo, incluso cuando no hay señal de celular ni radio. El manejo comunitario del fuego no es solo reacción ante la emergencia, sino también diálogo, organización y decisiones compartidas. “No es grande lo que hacemos, pero ya estamos trabajando”.

Mujeres que sostienen, curan y protegen

Senia no está sola. Tiene el apoyo de su esposo, de sus hijos, de su nuera y de sus compañeras de cuadrilla, a quienes llama “mujeres de primera línea”. Al principio enfrentaron resistencias. “Decían, ¿cómo van a ir esas mujeres? Pero ahora ya saben que las mujeres podemos”.

Antes, en la comunidad, pocas veces eran tomadas en cuenta. Hoy son llamadas, consultadas y respetadas. Su presencia ha contribuido a cambiar miradas y a fortalecer la organización local.

Senia también valora el apoyo de la Fundación Amigos de la Naturaleza, que ha contribuido a fortalecer las capacidades de la cuadrilla a través de capacitación, dotación de herramientas y acompañamiento técnico. “Con los talleres y el apoyo que recibimos, ahora sabemos cómo actuar mejor”, señala. Para ella, ese respaldo no reemplaza el esfuerzo comunitario, sino que lo potencia y lo hace más seguro.

Una transformación personal con impacto colectivo

Antes de integrarse a la cuadrilla, su participación en la vida pública de la comunidad era limitada. Hoy se reconoce como defensora del bosque, de la vida y de

las futuras generaciones. Su historia se entrelaza con el legado que quiere dejar: “Vamos dejando un buen legado. Hemos expuesto nuestras vidas, hemos dejado nuestros hogares por defender nuestro patrimonio natural”.

Tiene claro que no lo hace por reconocimiento ni por premios, sino por convicción. Sabe que aún falta apoyo y que los desafíos continúan, pero también reconoce los cambios. “Antes, cuando el monte se quemaba, nadie le daba importancia. Ahora damos mucha importancia a nuestros bosques, cosa que antes no hacían”.

Sueña con seguir aprendiendo para ayudar mejor. Y quiere que otras mujeres también se animen. “Que se preocupen, que sean defensoras de los bosques, que piensen en sus hijos y nietos. Que no importa que las critiquen. Lo importante es tener fuerza y voluntad”.

Defender lo que da vida

“Nosotros como bomberos forestales comunales hemos expuesto nuestras vidas, hemos dejado nuestros hogares por defender nuestro patrimonio natural, lo que es nuestro bosque, nuestros animales, nuestras aguas. Hemos dado de nuestro tiempo, de nuestra familia, de nuestro esfuerzo. Pero también hemos ganado respeto, conocimiento, y eso me hace sentir feliz, porque no solo protegemos árboles, estamos cuidando lo que alimenta a nuestros hijos, a nuestras futuras generaciones”.

Para Senia, el manejo comunitario del fuego no se limita a apagar incendios. Es una forma de asumir responsabilidad por el territorio que sostiene la vida. Implica organización, aprendizaje constante y decisiones difíciles. Es un trabajo colectivo, muchas veces silencioso, pero esencial para la vida de la comunidad.



“

Ser comandante no es mandar. Es llevar una gran responsabilidad. Hay que tener valentía, seguridad y dar ejemplo.

-Senia Cabello

”



Mirar hacia adelante

Fátima Vargas

Bombrera y delegada comunal de Yacuces, Puerto Suárez

Como parte de la organización comunal, Fátima participa activamente en el manejo comunitario del fuego en Yacuces.

Vocación de servicio

Fátima Vargas vive en la comunidad de Yacuces, en el municipio de Puerto Suárez. Comparte su hogar con su familia y su vida cotidiana está profundamente ligada a su entorno: cuida animales, trabaja en la casa y se esfuerza por recuperar su huerto, dañado por el viento y las termitas. El monte forma parte de su día a día, no como paisaje lejano, sino como espacio que se habita y se protege, y donde el fuego puede convertirse en una amenaza real.

Desde joven ha participado en los espacios organizativos de su comunidad. Se reconoce como una mujer solidaria, con vocación de servicio y comprometida con lo colectivo. No le gusta quedarse de brazos cruzados: prefiere estar con la gente, ayudar, organizar, sumar. “Me gusta estar en grupo, no me gusta dejar a nadie atrás.”

Un paso que se volvió compromiso

Su acercamiento a la cuadrilla comenzó casi por curiosidad, al asistir a una reunión para informarse sobre el trabajo comunitario frente al fuego. Sin embargo, ese primer contacto se transformó en una decisión clara: sumarse al equipo y formarse. A partir de ahí inició un camino de aprendizaje y compromiso que marcaría su liderazgo en la comunidad.

Ese paso la llevó a una serie de capacitaciones que transformaron su forma de mirar el territorio. Aprendió sobre herramientas, tipos de fuego, protocolos de seguridad, uso de instrumentos de

medición meteorológica y lectura de alertas satelitales. En poco tiempo fue elegida jefa de cuadrilla de su comunidad.

En el camino conoció a dos mujeres mayores que dejaron huella en ella. Una, de más de 70 años, ingresaba al monte con firmeza. Le dijo: “No me importa el calor, lo importante es salvar”. Ese gesto le mostró que sí se podía, sin importar la edad o el género.

Su madre también ha sido un apoyo fundamental. Participa activamente como delegada, cuida al equipo joven y, juntas, fortalecen la organización comunitaria desde adentro.

Además de herramientas y técnicas, Fátima adquirió algo más profundo: conciencia ambiental. “Antes solo realizaba trabajo de escritorio. Ahora me doy cuenta de todo lo que hay que cuidar.”

Cuando el fuego llegó: decisión y valentía

El momento más desafiante fue el incendio de 2024, que se inició cerca del gasoducto, a solo 500 metros de la comunidad. Fátima activó al grupo de bomberos, solicitó apoyo a la alcaldía y se movilizó con su equipo. Combatieron durante más de diez horas seguidas. El monte ardía. Murieron animales —capibaras, un oso bandera— y se quemaron más de 20 hectáreas.

“Primero llega el miedo, cuando uno ve cómo crece el humo. Después viene la preocupación, al pensar cómo actuar. Luego, al comenzar el combate, aparece la adrenalina... y, al final, el cansancio.”

En medio del combate recibió llamadas desde la gobernación. Le hablaron con calma, aconsejándole mantener la cabeza fría, pensar en estrategias, identificar caminos posibles y cortar el avance del fuego. También recibió recomendaciones por WhatsApp, incluso sobre el uso de maquinaria. No fueron solo instrucciones técnicas: fueron respaldo.

“Esas palabras me animaron. Me sentí acompañada. Sentí que no estaba sola.”

Ese incendio marcó un antes y un después. Le enseñó a actuar con estrategia, a sostener al equipo con firmeza, pero también con sensibilidad. Comprendió que ser jefa no es solo dar órdenes: es escuchar, contener y acompañar, incluso en medio del fuego.

Aprender, compartir y sostener

Desde entonces, Fátima continúa formándose y transmitiendo lo aprendido. Evalúa las condiciones de riesgo cuando alguien quiere realizar una quema: revisa la velocidad del viento, la humedad y el horario adecuado. Promueve simulacros con jóvenes, asesora a vecinos y mantiene actualizado el mapa de riesgo de su comunidad.

Su liderazgo se inscribe dentro del manejo comunitario del fuego: prevención, preparación y respuesta organizada.

A la par, sueña con reconstruir su huerto. Su vínculo con la tierra es fuerte y lo expresa como símbolo de resistencia: “Mi huerto se cayó, pero sigo sembrando.”

Su principal motor es que más mujeres y jóvenes se sumen, que el trabajo voluntario sea reconocido, que haya más herramientas y más formación. Y que se comprenda que el fuego no es solo una amenaza física, sino también una prueba de organización y solidaridad.

“Esto no es solo ponerse un uniforme. Es cuidar lo que uno ama.”

Transformación y legado

Fátima ya no es la misma. Lo dice con calma, pero con certeza: “Antes me daba miedo. Ahora hablo en público, organizo, tomo decisiones.” Su relación con el monte cambió. Hoy lo entiende como un ecosistema que se protege con estrategia, compromiso y afecto.

También nació en ella un respeto profundo por quienes combaten incendios de forma constante. “Ahora ya lo siento en carne propia”, confiesa. “Cómo se siente cuando a uno le queman las brasas los pies, el calor que hace adentro, el humo que uno respira.” Esa experiencia la marcó. “Realmente es de admiración hacia las demás personas que realizan esta labor de bomberos.” Desde entonces, ya no mira a sus compañeros y compañeras solo como brigadistas: los ve como personas que asumen riesgos reales por el bien común.

Quiere que las niñas vean que también pueden. Que no hay edad ni género que limite el cuidado del territorio.

Aprender para ayudar

“Uno nunca termina de aprender. Pero si uno ya sabe algo, tiene que enseñarlo también. No solo para uno, sino para la comunidad. Porque el fuego no espera, y si no estamos preparados, perdemos todo.”

Con esta convicción, Fátima convierte cada aprendizaje en un acto de cuidado colectivo. Para ella, el conocimiento sobre el fuego no es un privilegio individual, sino una herramienta que se comparte, se siembra y se multiplica.

“

Uno nunca termina de aprender. Pero si uno ya sabe algo, tiene que enseñarlo también. No solo para uno, sino para la comunidad. Porque el fuego no espera, y si no estamos preparados, perdemos todo.

-Fátima Vargas

”





Tejer gobernanza para el territorio

Zora Taborga

Vicepresidenta de la Central de Comunidades Indígenas de Chiquitos Turubó

Desde la articulación territorial, Zora impulsa la gobernanza indígena vinculada al manejo comunitario del fuego en la Chiquitania.

Raíces organizadas y territorios en resistencia

Zora Taborga es una mujer indígena chiquitana, nacida en la comunidad de Portoncito. Actualmente vive en San José de Chiquitos y se desempeña como vicepresidenta de la Central de Comunidades Indígenas Chiquitos Turubó, que articula a 24 comunidades indígenas de la región. Tiene 45 años y lleva décadas trabajando por el fortalecimiento de su pueblo: desde la defensa del territorio hasta la gestión de proyectos productivos y de salud, y, en los últimos años, en la prevención y control del fuego.

“Yo nací en comunidad. Desde joven trabajé en la organización. Hoy soy vicepresidenta y me toca estar en todo. Si el presidente sale, yo me quedo. Si hay que cubrir otro espacio, voy yo. No hay descanso, porque las comunidades nos llaman y uno tiene que responder”, cuenta.

Zora no se define como una líder tradicional, pero su voz firme y la memoria detallada de cada proceso revelan una autoridad construida en la práctica. “Aquí nadie te regala nada. Todo se ha conseguido peleando, gestionando, insistiendo. Llevamos propuestas, tocamos puertas. Así se consiguen los derechos.”

Se describe como una mujer sencilla, humilde y trabajadora, comprometida con su gente y con lo que considera justo. Su mayor aspiración es seguir aprendiendo para servir mejor a su pueblo, especialmente en temas que protejan el entorno y

fortalezcan a las mujeres. Sueña con ver a las nuevas generaciones crecer en un territorio sano, con derechos garantizados y con mujeres liderando procesos.

El fuego como amenaza y motor de organización

El año 2022 marcó un punto de inflexión. Durante los incendios forestales, varias comunidades sufrieron pérdidas graves. “Nos agarró sin preparación. Nos llamaban los caciques y no sabíamos qué hacer, cómo responder. Fue ahí cuando dije: tenemos que organizarnos. No podemos seguir improvisando”, relata.

A partir de esa urgencia, impulsó la creación de una cuadrilla de respuesta desde la misma central indígena. Involucró al personal técnico, dirigentes y líderes de base, y gestionó capacitaciones, herramientas y equipos de protección personal. “Hice la lista, pedí talleres, pedí dotación. Porque si no lo haces, nadie lo hace por vos”, dice con franqueza.

Hoy, esa cuadrilla funciona como grupo de primera respuesta. La central indígena cuenta con movilidad propia, una pequeña cisterna, herramientas y un seguro contra accidentes para sus integrantes. “Somos una organización sin fines de lucro, pero con muchas responsabilidades. Cuando hay incendio, no se espera: salimos como estamos, con lo que tenemos.”

Zora también ha sido clave para articular con otras instituciones. Cuando hay fuego en comunidades sin

brigada, es ella quien llama, coordina y consigue apoyo. “Yo llamo a todas las instituciones cooperantes, pido gasolina, pido agua, lo que se necesite. Porque el fuego no espera a que haya presupuesto.”

Crisis y decisiones urgentes

Uno de los momentos más críticos fue el incendio de 2025 en San Juan de Chiquitos. “No había cuadrilla allá. La gente se enfrentó sola al fuego. Tuvimos que mover todo desde acá. Coordiné con el responsable de la Unidad de Gestión de Riesgo de la alcaldía de San José, pedí cisternas, armamos a la cuadrilla más cercana. Pero a veces tenemos todo, menos lo básico: combustible. Y eso te frena”, recuerda.

Muchas veces la central asume responsabilidades que exceden su mandato formal, respondiendo a la urgencia de las comunidades. “La comunidad te llama y tenés que estar ahí.”

En ese contexto, el manejo comunitario del fuego dejó de ser solo una respuesta a la emergencia y se convirtió en una estrategia de fortalecimiento organizativo regional.

Mujeres en la primera línea de la defensa territorial

Aunque su rol es principalmente organizativo, Zora no se limita a la oficina. Si hay incendio o reunión, ella está. Si falta alguien del directorio, cubre el puesto. Si hay talleres de prevención, los gestiona y los acompaña.

“Dicen que soy la que más insiste. Y es verdad. Porque si una no se mueve, nada se mueve.”

Como mujer indígena y lideresa ha tenido que enfrentar prejuicios. “Algunos creen que porque sos mujer no podés estar en eso. Pero yo les digo: si no lo hago yo, ¿quién lo va a hacer?”

Su liderazgo ha contribuido a ampliar la participación femenina en espacios de decisión dentro de la organización indígena. Ha promovido activamente la participación de jóvenes y mujeres en talleres y

cuadrillas, coordinando con distintas instituciones para que cada comunidad fortalezca su preparación. “El fuego no pregunta si tenés preparación. Por eso cada comunidad debe tener su gente lista.”

De lideresa comunitaria a referente regional

Zora no se define por los cargos que ha ocupado, sino por la capacidad de respuesta que ha construido junto a su equipo. “Somos la primera llamada. Cuando algo pasa, la comunidad no llama a la gobernación, llama a la central. Nos ven como su respaldo.”

Lo que más valora es haber abierto camino. “Antes, la mujer no hablaba. Hoy estamos tomando decisiones. Si hace falta agua, la consigo. Si falta gente, la convoco. Si falta respuesta, la gestiono.”

Si no lo hacemos nosotras, ¿quién?

“El fuego no espera. La comunidad necesita y hay que estar. Si una no se mueve, nada se mueve. Por eso yo les digo a otras mujeres: sí se puede. No hay que tener miedo. Lo que hay que tener es ganas de ayudar.”

Zora ha hecho del liderazgo una forma de cuidado colectivo. Desde la gestión logística hasta la respuesta directa, su compromiso va más allá de los incendios: fortalece la organización, impulsa la participación de mujeres y garantiza una reacción rápida ante las emergencias. Su ejemplo demuestra que el fuego se enfrenta con coraje, pero sobre todo con organización, articulación y voluntad compartida.

“

“El fuego no espera. La comunidad necesita y hay que estar. Si una no se mueve, nada se mueve. Por eso yo les digo a otras mujeres: sí se puede. No hay que tener miedo. Lo que hay que tener es ganas de ayudar.”

—Zora Taborga

”



Fundación Amigos de la Naturaleza
Km. 7 1/2 Doble Vía a La Guardia
Tel.: (591-3) 3556800
e-mail: fan@fan-bo.org - www.fan-bo.org
Santa Cruz, Bolivia

